

29 de julio—En la Municipalidad, á la noche, á ver la capilla ardiente que la ciudad de México enciende en honor de los restos sagrados de un santo puñado de próceres: Hidalgo, Morelos, Matamoros, Allende, Aldama, Jiménez, Moreno, Mina, Galeana, los Bravo, Rosales... toda la pléyade, nuestra pléyade, los grandes insurgentes, los grandes que nos dieron patria...

Hermosísima, la capilla, arreglada con gusto inteligente.

Espectadores, muchos, pero más curiosos que devotos.

30 de julio—En la Catedral, á presenciar el triunfal y solemne ingreso de los restos sagrados de los insurgentes, conducidos á su temporal depósito dentro de la Metropolitana, por el Presidente de la República y su Gabinete.

Logré instalarme en el coro alto.

Entraron por la puerta principal, la del medio, que llevaba 29 años de no abrirse, desde los tiempos de Maximiliano; y la urna que encierra los restos, fué depositada en la Capilla de San José, á la izquierda, abajo de un monumento mezquino que se halla empotrado en el muro de la derecha de la capilla.

Por la aglomeración de gente, prodújose un tumulto, dentro del templo espacioso; y viéndolo como yo lo veo, desde arriba, dominándolo, comprendo lo gráfico de la usual locución: "un mar de cabezas," pues, en efecto, aquello era un mar encrespado que envolvió á gendarmes, que se tragó uniformes, que derribó á individuos, que dió origen á gritos sofocados...

El clero, tenía listo suntuoso recibimiento eclesiástico, cabildo pleno, palios, capas pluviales, hasta los papeles de música en los atriles del ór-

gano gigantesco y en los de la orquesta... Pero, —susurran los que de bien informados se la dan, —parece que el Ministerio de la Gobernación, temiendo al "¿qué dirán?" de periódicos rojos y liberales sueltos, tan descontentadizos los unos como los otros, encareció desde temprano que no se hiciese manifestación alguna...

La intervención eclesiástica redujose á que dos canónigos, de bonete y manteo, esperaran la entrada de la cívica procesión, á cada lado de la puerta abierta de par en par...

Este fué para mí el detalle trascendental de la ceremonia, toda una filosofía profunda y preñada de enseñanzas, rebosante de reivindicaciones y desagravios:

—La urna que atesora los restos de los excomulgados apasionadamente por la Iglesia de aquellos días, penetró en recinto consagrado, por puerta que no se abre nunca, ni para dar salida al cadáver de los arzobispos muertos!

Una pregunta se me vino, al salir:

—¿Por qué no se inhumarían los restos en la Rotonda de los Hombres Ilustres de nuestro cementerio municipal de Dolores? ¿por qué?...

6 de agosto—Terminé el capítulo segundo, parte II, de "La Suprema Ley."

27 de agosto—Terminé el tercer capítulo de la 2a. parte de "La Suprema Ley."

28 de agosto—Una pequeñez que yo, sin embargo, saboree á mis solas. Por el correo me ha llegado la poesía que sobre Byron leyó en el Ateneo Argentino, Leopoldo Díaz, con esta dedicato-

ria autógrafa que revela persistencia de recuerdos y de afectos:

—“A mi inolvidable Federico Gamboa...”

31 de agosto—En un café del Portal de Mercaderes en que muy á menudo desayuno, me topé esta mañana con el barón de Cailhac, pintor catalán que ha sentado sus reales,—nó monetarios!—entre nosotros. Y me contó, confidencialmente, un montón de desaciertos á diario consumados en nuestra Academia de Bellas Artes; por ejemplo: ¿dónde creen ustedes que se inspiran los alumnos más aprovechados? ¿en nuestra naturaleza, que tanto nos favorece?... ¡Qué!... en la biblioteca de la Academia, por consejo de los profesores de paisaje...

30 de septbre.—Después de mucho luchar, después de mil esfuerzos y nó menos compromisos, hoy dormiré en mi casa, con mis libros, mis cuadros, mis recuerdos de mejores días desaparecidos; una vivienda con tres balcones á la calle, en la de Nuevo México, el número 9.

5 de octubre—Terminé en mi nuevo domicilio el capítulo IV, 2da. parte, de “La Suprema Ley.” Quedan cuatro capítulos por escribir para que la obra se concluya.

14 de octubre—Anteayer llevóse á cabo, en su Basílica, la solemne coronación de nuestra Virgen de Guadalupe. Asistieron 42 obispos; de ellos, 14 extranjeros.

Los restos,—mucho más importantes y numero-

sos de lo que se finge creer—del pseudo-muerto partido conservador, asociados á lo que en México diputamos por aristocracia, organizaron para la noche de hoy, en honra de la misma Virgen y en un edificio propiedad de don Manuel Iturbe,—Ministro de la República en Alemania y la Gran Bretaña,—una suntuosísima velada.

El tal edificio siempre fué para mí un atrayente misterio; sobre que en él estuvo instalado el cuartel general de los franceses, cuando la Intervención y el Imperio; allí habitó Bazaine, y luego, es fama que allí efectuáronse diversos duelos, entre personas de lo más connotadas. Y siempre se ve cerrado, silencioso, hasta lúgubre; igual del lado de Buena Vista, en su fachada cóncava de balcones de piedra, que del lado de la Calzada del Egido, en su enmarañado jardín inmenso; un jardín emparentado con el PARADOU del “Abate Mouret,” lleno de árboles y plantas entrelazadas, salvajes, lleno de soledad y de secretos...

Al llegar yo, entusiasmadísimo por que iba á verme dentro del misterioso inmueble, notificáronme que no habría velada, que se había suspendido ésta á consecuencia del aguacero torrencial de la tarde. Me entré, sin embargo, hasta donde me permitieron entrarme, que fué bien poco: al patio principal, un óvalo soberbio, con columnata abajo y columnata arriba, en el corredor, transmutadas, respectivamente, en salón y galerías, pero todo echado á perder por la lluvia; mustio el adorno floral, desteñido el plafón de manta pintarrajeada, abandonados los instrumentos de la orquesta, la iluminación eléctrica, triste. En los corredores, arriba, en el testero, un óleo de la Virgen de Guadalupe, dentro de presuntuoso marco de yeso, en medio de seis focos de arco...

En el salón, abajo, roto el entarimado, tum-

badas las sillas de Viena, la atmósfera oliente á humedad y desastre.

19 de octubre.—Anoche, al fin, llevóse á cabo la pladosa velada, que, cuéntanme, resultó muy poco lucida; dió principio con un conato de incendio que originó alarma grandísima.

4 de novbre.—Terminé el capítulo V, 2da. parte, de "La Suprema Ley."

20 de novbre.—Terminé, tarde en la noche, el capítulo VI de "La Suprema Ley."

22 de novbre.—Luis G. Urbina me ha hecho tratar con cierta intimidad y frecuencia, en estos últimos tiempos, á Justo Sierra, uno de nuestros literatos más conspicuos, de amplia y bien conquistada fama, entre los estudiantes sobre todo, —esos inapelables fabricantes de reputaciones,— como escritor, como poeta alto y hondo, como catedrático de Historia Patria, acerca de la cual tiene un texto publicado. A mí antójase un gran espíritu, sereno, científicamente disciplinado, sano, ligeramente decepcionado en varias materias, y que mucho gana con un acercamiento.

Jesús Contreras le dió hoy un almuerzo familiar, en la Fundición Artística, al que yo concurrí.

En la tarde, salimos á caminar á pie, por el Paseo de la Reforma, yo junto á Justo... Divagamos sobre la leyenda Napoleónica, sobre la Monarquía y la República; acabamos en estética,

pidiéndome él, en broma, un récipe para escribir novelas...

A este propósito, inquirió quién iba á editarme "La Suprema Ley"; y con una espontaneidad que estimo tanto más cuanto que me sospecho nunca leyó nada mío, brindóme su ayuda para que la librería francesa de Bouret la edite por su cuenta, imprimiéndola en París; á él,—Justo Sierra,—acaban de editarle un volumen de "Cuentos Románticos", que escribió en su juventud:

—“Cuando todos los hombres somos locos,—
“añade entre bromas y veras. Locura que se nos
“va conforme crecemos y pensamos como piensan
“los demás, que es lo que se entiende por equi-
“librio...”

24 de novbre.—Justo Sierra ha desplegado en mi asunto una eficacia que mucho me obliga (¡flotan á mi alrededor algunas malas voluntades tan manifiestas y aun confesadas por terceras personas que me quieren de veras!...)

Ya Justo habló con el librero-editor; Luis Urbina me dice, de la parte suya, que puedo ir y ajustar condiciones cuando mejor me parezca, que mi libro está aceptado.

25 de novbre.—Esta noche fijé con Raoul Mille las bases de nuestro "mutuo" editorial: se hará un tiro de 4,000 ejemplares, iguales, tipográficamente, á "La Petite Paroisse" de Alphonse Daudet; deducidos los gastos, iremos á mitad de utilidades; puedo entregar los manuscritos, desde luego si se hallan listos; al mes y medio, vendrán las pruebas, y, á los tres meses, la edición completa.

28 de novbre.—Prescindo de una idea que me hizo interrumpir mi novela: oponerme á la cátedra de Historia General y Particular de México, en la Escuela de Comercio.

No me siento con los propósitos indispensables para hacer una buena preparación, y no quiero exponerme á un descalabro público.

7 de dbre.—Terminé el capítulo penúltimo de "La Suprema Ley."

16 de dbre.—Después de haber asistido,—¡qué vergüenza!—á la lucha pugilística que hace unos veinte días se llevó á horrible término entre un negro yanqui, Billy Clark, y un blanco irlandés, Billy Smith, fui esta noche al Club Atlético de México, en el que el propio Clark da lecciones prácticas de "boxeo."

Ciencia feroz ésta de las puñadas, cuyo aprendizaje exige que le abofeteen á uno el rostro! Probablemente, no la aprenderé nunca.

Al volver á casa, me entregaron una esquela de defunción, blanca, de una mi vecinita muerta ayer de bronco-pneumonia, á los 15 años de edad!

Estuve á ver á la familia, pero rehusé ver el cuerpecito ¿para qué? Tengo de sobra con los cirios que circundan su féretro, con las coronas que cubren el ataúd del que se divisa un extremo, desde la entrada... La familia, entontecida por lo reciente del golpe hondísimo, púsose á desmenuzarme los pormenores tristes, las naderías dolorosas que á perpetuidad se graban en el espíritu de los deudos; una semi locura del padre,

antenoche, que lo hizo salirse á la calle, en pantuflas y bata, sin darse cuenta de sus actos; la despedida de la niña, poco antes de expirar, en que llamó á su padre, y le besó la mano, muchas veces, los ojos arrasados en lágrimas... (¿Le daría dolor, tan temprano, abandonar la vida?...)

Pobrecllla, aún me parece que la veo, sentada al piano, cantando con su vocecita afinada y llena de purezas, los intencionados versos crueles de "La Verbena":

—“ Si porque no tengo madre
vienes á buscarme á casa,
¡anda y búscame en la calle!...”

Me deleitaba oírle, por su virginidad y su inocencia, versos tan humanamente amargos. Y hace dos ó tres domingos,—ella todavía buena y sana,—cuando yo de vuelta del campo cerraba los balcones de mi vivienda, le pedí que me tocara la música, que me cantara la letra. De codos en mi barandal, la vi ir á su piano y complacerme... Todavía la aplaudí, al regresar ella á la ventana, junto á su madre, y ella se rió de mis aplausos, me los agradeció con grandes reverencias de ser feliz, cómicamente...

¡Cuánto me ha conmovido su muerte!... Con su amistad que se desvanece, pierdo una de esas amistades sin mancha de las jovencitas que aún no son mujeres,—en el temible y encantador sentido del vocablo,—y ya presentan no obstante deliciosas feminilidades... ¡ay! los afectos que tapizan de blanco nuestros corazones canosos y desengañados por haber vivido, por analistas...

Muy emocionado, me acosté, repitiendo tenaz y tontamente, estos fragmentos de la romanza italiana "Giulia":

—“...parea un angioletto...”

20 de dbre.—Por ociosidad morbosa de ánimo, comprendiendo que cometo una mala acción á sabiendas, sin experimentar amor, cortejo en un baile á una señorita; vale que es práctica universal y encabezada por los jóvenes de las mejores familias, y de los mejores sentimientos, y de los mejores...

22 de dbre.—Amigo mío, hoy cumple usted 31 años, ¡que sea para bien!...

Soy yo mismo, felicitándome por la fecha, en mis actuales soledades de espíritu y de cuerpo.

28 de dbre.—Concluí, al atardecer lluvioso y frío de hoy, "La Suprema Ley" principiada el 25 de junio de 1893 en la ciudad y puerto de Buenos Aires. ¡Qué de vicisitudes de entonces acá! ¡con razón padeció el libro tantas interrupciones y recesos!... No importa, necesitaba yo darle punto; á cada nueva obra, más persigueme la obsesión de la muerte; imaginome que se interpone y me trunca el libro... Y hace unas cuantas noches, en que tuve un feroz ataque de mi neurastenia, lo que más me afligía era no haber terminado la novela...

Por parecerme que va mejor con el asunto de sus páginas, que es de mejor corte y menos exclusivista, le suprimo el artículo al nombre de pila y le dejo sólo: "SUPREMA LEY."

He obtenido del editor, que se tirarán veinticinco ejemplares de lujo, en papel de Holanda.

31 de dbre.—En una cena alegre (?), asisto á la muerte de este pobre viejo 1895.

1896

6 de enero.—(Día de Reyes). Un contratiempo, por el estilo del que ocurrió á Stendhal en su primera cena alegre de París, ocurrióme á mí la tarde de hoy.

17 de enero.—Antonio de la Peña y Reyes, uno de nuestros más eruditos literatos jóvenes, de quien se hablará en estas páginas más de una ocasión, con motivo de ser su santo, nos da en la noche un té literario, en su casa.

Es de saber que Antonio tiene por padre á nuestro eminentísimo filólogo don Rafael Angel de la Peña, el maestro de dos generaciones lo menos, de mexicanos, en la Escuela Nacional Preparatoria, donde él profesa brillantemente el idioma castellano; el autor de una gramática sapientísima, que indudablemente será, cuando aparezca, obra de texto y admiración de pueblos hermanos. Otra virtud posee don Rafael: ser un justo, ó lo que en lo humano quede más cerca de un justo.

Entre literatos y periodistas,—no debe confundirse á unos con otros,—seremos hasta unos cincuenta los congregados. Se leen varias cosas; algo original de Rafael Delgado, que es muy aplaudido; en penúltimo lugar, leí yo el capítulo primero de "Suprema Ley."

31 de enero.—Al fin se me reintegra á las labores propias de mi oficio; hoy fui nombrado Jefe